

ALBERTO SAVINIO

CONTAD, HOMBRES,
VUESTRA HISTORIA

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Narrate, uomini, la vostra storia*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1984 by Adelphi Edizioni S. p. A., Milán
Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S. L.,
Barcelona – www.uklitag.com

© de la traducción, 2016 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16011-88-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 2964-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Felice Cavallotti	9
Arnold Böcklin	31
El astuto cretense	49
Dos momentos venizelianos	61
Segunda vida de Gemitto	73
Guillaume Apollinaire	99
Antonio Stradivari	107
Julio Verne	123
Lorenzo Mabili	141
Verdi, el hombre roble	157
Vida y muerte de Cayetano Bienvenida	167
Collodi	175
Nostradamus	195
Isadora Duncan	243
El primer amor de Bombasto	323

FELICE CAVALLOTTI

Las agujas de la catedral, que la aurora blanqueaba vestida ya con los colores de Italia, se alzaban como manojos de espárragos en el cielo de Milán. En la entrada de la Corsia dei Servi, alrededor de la hoguera del pequeño vivaque, los milaneses más madrugadores se apresuraban a tomar a sorbos el *caffè del geneucc*,^a que se bebe de pie y con la tacita apoyada en la rodilla entre un sorbo y otro. Los *spazzitt* [barrenderos] arrastraban la escoba por el adoquinado, los *lattée* [lecheros] repartían la leche de puerta en puerta. De pronto, en el segundo piso de una modesta casa de piazza San Giovanni in Conca, resonó el primer grito de aquel que había de lanzar con el tiempo muchos más.

Era el 6 de diciembre de 1842.

Cuando le presentaron al recién nacido, parecido de aspecto y color a un salchichón, Francesco Baffo Cavallotti comprendió enseguida que estaba a salvo el honor de una familia que descendía de ilustres antepasados vénetos, inscritos en el Libro de Oro de la Serenísima República y propietarios de góndolas y fábricas en el Arsenal de los Venecianos. Tras este reconocimiento, Baffo Cavallotti se juró que enseñaría alemán al pequeño, pues Baffo, hijo de un capitán del ejército napoleónico, discípulo de Silvio Pellico, alumno de la Escuela Militar de San Lucas, cadete del regimiento austríaco Bellegarde, funcionario del Tesoro y estudioso de las severas disciplinas filológicas, era persona muy versada en lengua y literatura alemanas. En el fondo del lecho conyugal, desinflada como una gaita cuando aca-

^a 'El café de la rodilla', expresión dialectal milanesa. (*Las notas del traductor irán referidas con letras*).

ba de sonar, Vittoria Gaudi, esposa de Baffo Cavallotti, sentía oscuramente que sus dolores nocturnos habían traído al mundo un poeta. Sus labios, como hojas secas, sonreían a los blancos copos que caían como flecos tras la ventana.

Clío dispuso una acogida especial al nuevo bardo. Éste acababa de alcanzar la altura de un queso cuando, para conmover la imaginación del pequeño predestinado, Milán se sublevó contra el yugo extranjero y en cinco memorables jornadas expulsó a los *cecchini* [francotiradores] de Porta Vittoria. Cuando Cavallotti evocaba este recuerdo, su ojo húmedo de soñador veía *una alta, espléndida y aristocrática figura rubia de mujer, que preparaba apósitos y escarapelas, alentaba a los combatientes y prendía las escarapelas a sus trajes de paisano.*¹

La Musa tiene echado el ojo ya al muchacho. A los diez años, Felice declama a Berchet y a Mameli, y las rodillas de los «bien pensantes» que frecuentan la casa de Baffo Cavallotti tiemblan del miedo. A los doce años, Felice canta en los bancos de la iglesia himnos patrióticos. A los dieciséis, siendo estudiante en el instituto de Porta Nuova, fomenta una manifestación contra los profesores, que habían colocado una lápida en lo alto de la escalinata para conmemorar la visita de Francisco José a Milán. Mientras tanto aprende a defender al débil y al oprimido con la lectura del *Guerin Meschino*. Con diecisiete años publica un opúsculo político y, como en el ínterin su corazón de poeta se ha abierto al amor, va a Ghevio, donde, «*racchiusa di nubi in un velo*» [envuelta en un velo de nubes] encuentra a «*la diva bionda vestita di cielo*» [la diosa rubia vestida de cielo].

Pero así llegamos a 1859. Cavallotti quiere empuñar el

¹ Las palabras en cursiva son de Cavallotti. (*Las notas del autor irán referidas con números*).

fusil, pero los reclutadores del ejército piamontés le responden: *trop cit* [demasiado joven].

¿Quién no se acuerda de la tormenta que estalló el 9 de junio de 1860 entre Liguria y Cagliari? El *George Washington*, que navegaba con bandera de Estados Unidos, cabeceaba en el mar con toda su carga de jóvenes, algunos con los ojos encendidos de sueños heroicos, otros con la mirada apagada y las mejillas pálidas por las náuseas. Si asomaba humo en el horizonte, los jóvenes, ardorosos o vomitadores, rodaban todos como barriles en la bodega; luego, una vez pasado el peligro, subían a cubierta y se reunían en torno a uno que, cabellos al viento y gestos de semáforo, hablaba en plena tormenta de libertad y de democracia, del hombre y de sus derechos.

Tras doblar el cabo Spartivento, amainó la tempestad y brillaron las estrellas sobre el mar aplacado. El joven se durmió con el cielo como techo, la boca hirviéndole de palabras aún por resonar. Y cuando a la mañana siguiente resplandeció el sol sobre el mar y unos penachos de blanco humo anunciaron la cercanía de un volcán, se levantó no ya como un simple tribuno, sino como un bardo, y cantó:

*Oh, salve dell'Etna – gloriosa contrada
Che il giogo rompesti – brandisti la spada!
Fratelli noi siamo – del grande Nizzardo,
Corremmo alla voce – che guerra tonò!*

[¡Oh, salve, Etna, gloriosa | región que rompiste el yugo, blandiste la espada! | Somos hermanos del gran Nizzardo, | corremos a la voz que llamó a la guerra].

De vuelta en Sicilia, Cavallotti se detiene en Nápoles, y en Castel dell'Ovo se dirige a una villa magnífica que despliega sus terrazas y rosales frente al mar. Rasguean las mandolinas en torno al gordo mulato de labios como salchichas

y cabellos de lana, que, desde lo alto de un montículo de alfombras orientales, le tiende una mano de trapo.

—¿Cavallotti?

—¡Maestro!

—Amo a los jóvenes poetas. ¿Quiere entrar en mi periódico?

Los ojos del joven bardo refulgen en la penumbra.

Alejandro Dumas estaba *fou* por Garibaldi. Había seguido a los Mil costeano Sicilia, Calabria y Campania en un pequeño velero, mandado por ese marimacho vestido de almirante al que Cesare Abba llama en sus memorias «la zángana». Así fue como Cavallotti comenzó a escribir sus artículos incendiarios en *Il Independente*, el periódico con el que el autor entusiasta y desordenado de *Los tres mosqueteros* creía que debía ayudar a la causa de Garibaldi.

Los artículos que escribe para *Il Independente* no aplacan los ímpetus del volcánico joven. Por lo demás, Garibaldi, preocupado por el entusiasmo febril de Dumas, suplica al escritor que cambie de aires. En Milán, mientras maduran las hazañas del *Gazzettino Rosa*, Cavallotti ofrece su pluma al *Fuggilozio*.

Entretanto, brotan de su corazón antimonárquico las primeras canciones cívicas, y la asociación de las víctimas de los reyes lo proclama poeta «anticesariano».

Ines Galbusera, que vive en un entresuelo de via San Pietro all'Orto, es despertada esa mañana por un intenso fragor de hierros en la calle. Temiéndose la vuelta de los austríacos, se asoma a la ventana y ve, en el portal del *Gazzettino Rosa*, a un joven con bigotito de adolescente que, furibundo como un león y empuñando un espadín, presenta batalla a todos los oficiales del regimiento de húsares de Piacenza. Como en un espléndido torneo, y mientras desde los balcones y las ventanas la población lanzaba flores y besos, ese duelo desigual, que la pluma del joven Caval-

lotti había provocado desde las columnas del *Gazzettino Rosa*, recorrió las calles, las plazas, los patios y los jardines de Milán; hasta que, terminada la vuelta, el inagotable espadachín es apresado por los guardias y llevado a prisión.

No se tienen en cuenta nunca lo suficiente los efectos contradictorios de un mismo acontecimiento: los bersaglieri, que en septiembre de 1820 entraban en Roma por Porta Pia, en Milán sacaban a Cavallotti de la cárcel.

Liberado por la amnistía, Cavallotti vuelve a su cuartito de poeta. Apenas cerrada la puerta, ésta vuelve a abrirse y entra una preciosa mujer con túnica: la Musa. No es la que mantiene desde hace tiempo una relación con Cavallotti, sino otra. Cavallotti será de nuevo poeta, pero de manera distinta. Toma la pluma y, en un abrir y cerrar de ojos, escribe *I pezzenti*. No bien termina de poner la palabra *fin*, cuando llaman a la puerta. Puede que esta vez no sea la Musa, porque las Musas entran sin llamar. «¡Adelante!».

Son dos amigos, uno de ellos Cameroni, el Pesimista del *Gazzettino Rosa*. El Pesimista da un paso adelante y exclama: «¡Honorable!», y recibe en sus brazos al nuevo diputado. Cavallotti ha sido elegido por la Democracia Cristiana y por los republicanos de Corteleona. ¡La Italia de los príncipes y de las sotanas negras se pone en guardia! Ha llegado el que conducirá a tus hijos a la luz de la reforma electoral y del librepensamiento.

Un serio caso de conciencia ensombrecía la alegría del joven republicano mientras se dirigía en triunfo de Milán a Roma. ¿Cómo prestar juramento cuando no se cree en Dios? Agobiado por el dilema, Cavallotti inclina poco a poco la cabeza al sueño.

En la estación de Roma, treinta siglos de historia aguardan a Cavallotti. Se despide y se dirige en coche de punto

a la redacción de *La Capitale*. La noche en el tren ha sido buena consejera para este «puro».

En su carta a *La Capitale*, Cavallotti explica que el juramento es «un simple billete de entrada en la Asamblea de los Representantes del Pueblo». Al día siguiente, cuando el presidente de la Cámara le invita a prestar juramento, Cavallotti suelta su inolvidable frase: «Juro, pero pido la palabra». Aplausos de la extrema izquierda, en la que se concentran las barbas desaliñadas y los bigotes rebeldes, abucheos de la derecha y del centro, donde se alinean en perfecto orden las barbas distinguidas. A Cavallotti se le niega la palabra. Aumentan los aplausos y los abucheos. «¡Conciencias inquietas!—exclama Cavallotti a las barbas distinguidas—, respetad las conciencias tranquilas!». La frase lapidaria queda suspendida en el hemiciclo como un monumento aéreo.

Ese día, en los cafés de la piazza Colonna, el ardor de las discusiones hacía que se derritieran los helados.

Cavallotti se hunde en la mayor de las miserias. ¿Y qué hace un poeta cuando se hunde en la mayor de las miserias? Escribe una obra teatral en endecasílabos, y luego se tumba a la bartola a esperar que el oro le llueva a chorros en la boca. Pues eso fue lo que hizo Cavallotti, y he aquí por qué en 1879, bajo el gobierno Cairoli-Depretis, escribió *La sposa di Mènecle*, una comedia de ambiente griego, precedida de un estudio sobre las «penas por adulterio en Atenas».

Bajo este mismo gobierno, y por las antedichas razones, se le ofreció a Cavallotti la cátedra de literatura griega en la Universidad de Palermo. Una ocasión que coger al vuelo. Pero Cavallotti la rechazó. Era un helenista formidable. Muchos son los que conocen las lenguas clásicas nada más que para su uso exclusivo.

Una sombra más. En los nuevos comicios, Cavallotti es

«cateado». Pero ¿qué importa? Las elecciones complementarias de 1883 supondrán un triunfo para el campeón del librepensamiento. Seis colegas «apoyan» al candidato de la República. Piacenza le da seis mil votos; se da entera. ¿Qué pensará Depretis? Cavallotti moja su pluma en el tintero de la ironía y telegrafía a su adversario: «Mis sinceras condolencias por el gran esfuerzo realizado y por el pobre resultado obtenido. Ya hablaremos en Roma de la pobre libertad». ¡Esto sí que es sarcasmo!

En Milán la primavera produce el mismo asombro que las apariciones inesperadas. Esa mañana, abre de par en par la ventana e invade el cuarto de trabajo del poeta de dieciocho años. Una cuartilla virgen espera el ataque de la pluma. Ésta tiembla entre los dedos de Felice Cavallotti. En estado de inspiración avanzada, el poeta se dispone a formular la divisa de la nueva era. Su nuca reluce de piojos. En la pared, Victor Hugo le mira con ojos de san bernardo amuermado. «Nunca más la voluntad de los regentes, sino las libres aspiraciones de los pueblos». Las ideas corren como ciempiés por la cabeza de Cavallotti. La cuartilla ha sido desflorada: «¡Libertad! ¡Unidad! ¡Fraternidad!». El bardo se da la vuelta, una sospecha lo atraviesa como una corriente de aire: ¿dónde ha oído esas palabras? Colgado de la pared, Victor Hugo o no sabe nada o no quiere hablar. ¿Qué importa? Cavallotti escribirá más tarde la *Marsellesa de los italianos*.

Acaba de nacer el programa de «Liberar e Una», órgano de la nueva vida de los pueblos, mientras que, anticipándose al futuro y a la realidad, un coro de miles y miles de voces avanza por la ciudad alborotada:

*Flagella! flagella! superbo peana,
De gl'incliti prenci la punica fé;*

*Del frate Loyola la nera sottana,
L'ignavia dei servi, l'orgoglio dei re!*

[¡Fustiga, fustiga, soberbio | peán, la pérfida fe de los ínclitos príncipes; | la negra sotana del hermano Loyola, | la apatía de los siervos, el orgullo de los reyes!].

Perfecta de todo punto, «Libera e Una» no tiene más que un único defecto: que no verá nunca la luz.

Poco después, Cavallotti nos enseñará cómo un hombre solo puede escribir todo un periódico. Este monógrafo es *Lo Scacciapensieri*: pintoresco semanario de dieciséis grandes páginas a doble columna, ilustrado con unos elegantes grabados en madera y que da en premio *El desafío de Barletta* de Massimo d'Azeglio. Los «elegantes grabados» fueron un préstamo de la prensa francesa. Al ser Felice Cavallotti su director, el Cavallotti redactor se convierte en Falco Attevicelli y a veces en Homunculus. Un retrato de Leopoldo I de Bélgica le brinda a Falco Attevicelli la oportunidad de inaugurar la sección de biografías. Para la sección «Novelas y Cuentos» escribe *La donna e la pipa*. Una reproducción del Parque Zoológico de Viena le sirve de pretexto para iniciar la sección de «Viajes pintorescos» y para la de «Conocimientos inútiles» le viene de perlas el pantelégrafo electroquímico Caselli y el controlador automático de los empleados. Para no perjudicar a Falco Attevicelli, Salvatore Farina, que no tarda en brindarle su ayuda, firma Aristofane Larva.

A todo el que escuche hoy *Mefistófeles* le resultará difícil comprender por qué esta ópera no tuvo un éxito inmediato. El arte en aquellos tiempos significaba combate. En el que se libraba por la «música del futuro», los sentimientos más puros se fundían como mantequilla, los amigos se convertían en enemigos. No estuvieron de más, para reconciliar a Cavallotti y a Rovani, dos de las firmas más prestigiosas